CÚNEO, DARDO

CANCIONES DEL DÍA SIGUIENTE

Conoces el tibio escalón de la demora.
Y esperas.
Tus huesos reciben las lluvias alegres
del verano.
Y un Dios bailarín, en la liviana tarde,
te dice:
¿fue tuyo el juego?
Y agrega consideraciones terrestres, azuladas,
turnos desprendidos y consuelos.
Los días rehacen el juego antiguo, sus sorpresas,
y las plurales memorias
apuran las noticias del delirio.
Te solicitan el aire manso
y las aguas intranquilas de la orilla.
Pero tan pronto la luz se abriga en tu piel
sabes que tu historia es distinta,
que el regreso no existe,
que tu casa es la espera,
que en ella Dios aguarda,
y que, acaso, la de Él y la tuya sea una misma.

*

El Gran Buscado
ayuna y cena contigo.
El Gran Buscado
te anuncia y te desdeña.
El Gran Buscado
te abriga en la fe
y te desampara.
El Gran Buscado
te da lucha.
Y la declinas.
El Gran Buscado
muere en ti.

Somos los asesinos de Dios inconformista.

CÁNTICO CONDICIONADO

Hemos hablado tanto.
Hemos dicho todos los discursos.
Hemos fatigado idiomas, dialectos, combinaciones
apócopes, slangs y juegos mudos.
Hemos perdido tanto la palabra,
y si y no de cualquier manera cómodos e insuficientes
nos hemos entendido alguna vez muy pocas o
ninguna y como quieras nos reconocemos
fantasmados aquí y
ahora
nos pesan bloques tenaces de murmullos de
todo aquello que nos hemos dicho,
pátina humosa de los discursos,
trampas añosas de los madrigales, y
ahora
nos siguen invadiendo enredaderas de frases
secas, determinadas,
nos siguen invadiendo qué se le va a hacer,
how do you do, todo el tiempo pasado
fue mejor,
nos siguen invadiendo imágenes acostumbradas
y vienen tan rápidamente
-invadidos así, o despojados
menos sabemos la fidelidad de las cosas que les
cambia el nombre a las cosas
(cuando una cosa es llamada dos veces
de una misma manera
una de ellas perdió su verdad)
menos sabemos que la suma de las palabras no
es igual a la suma de los significados,
menos sabemos a la palabra saltando del orden
que las vertía ensartadas y a los significados
deshaciéndolos y reequipándolas de otros filos,
velocidad, espesura, colores y
ahora, ahora
si yo sé qué decir digo: estamos en asamblea
permanente,
hay mitos desocupados,
está abierta la inscripción de los elementos,
la Smithsonian se quedará cortita si insiste

en reproducirlo todo en miniatura,
coloreado y vestido;
estamos en asamblea permanente
y ya no es bastante liberar un lugar común
por un disparate
y valdría la pena proponer a Mr. E.e. Cummings,
de Massachusetts, para que haga de
secretario de actas, pero tampoco es bastante.
Si la vieja aritmética de las sílabas no acierta
ya a las mismas palabras y acertando
no cabrían en ellas las primaveras
extendidas hacia vaya a saberse dónde
más allá de dónde,
votemos, por ejemplo, un orden condicional
de las sílabas para que la palabra se rehaga
en intranquila floración, abierta.

Pido la palabra,
esa palabra.
Pido la palabra a rehacer para darle mis encargos.

La palabra que completa los tiempos de las
cosas y las vuelve hacer a nuestros
usos al nombrarlas.
La palabra de nuestras nuevas posesiones.
Pido la inocencia y la oportunidad de la palabra.
La propia palabra en una palabra, pido.
Concédeme Dios este derecho que ya no cedo.
Concédeme tu destreza de poderes inaugurales,
tu alianza de iniciado.
La palabra que aluda contornos debatidos,
días prolongados,
alejados motivos.
La palabra aludiendo y pasajera llenándose de
idas, sobresaltos, predicciones,
aludiendo interinatos y sorpresas,
aludiendo y andando exploradoras sílabas
alteradas recomponiéndose sin fijarse
en el solo lugar ahora inexistente como
sería cerrarse otra vez y definiendo.
(La palabra se desconsuela cuando define)

Pido la palabra, esa palabra.
Sin ella ni Tú ni yo permaneceremos porque
nos llevarán a su muerte las palabras
consumidas.
La pido, Dios, para ganarla y ganarme en

ella, para rehacerme a tu lado, rehaciéndola,
rehaciéndote, rehaciéndonos.
Pido la palabra esa. Dios te la pido. Dios, pidiéndola.